

bastaba una sola mirada para que se ruborizara súbitamente, y volvía á quedar blanca y fría como el alabastro. Me admiró que el consejero se mostrara esta vez sumamente cordial y afable, sin que nada revelase en su conducta al celoso tirano de que me había hablado el profesor. Conversé largo rato con el consejero delante de Antonia, y escuchóme benévola. Mis visitas se repitieron, siendo bien acogidas siempre, y así se estableció entre nosotros una dulce y franca intimidad, sin que lo echaran de ver los charlatanes, que no habrían dejado de murmurar. Las extravagancias de Krespel me hacían reír á menudo, pero confieso que sólo Antonia me llamaba la atención, y que únicamente por ella toleraba las rarezas del consejero. Siempre que suscitaba la conversación sobre la música, irritábase como un gato cuando le tiran de la cola, y de grado ó por fuerza debía renunciar á la discusión y marcharme con las orejas gachas.

Cierta noche le encontré muy alegre; había desmontado un antiguo violín de Crémone, y acababa de descubrir un importante secreto para el arte. Aprovechándome de su viva satisfacción, conseguí aquella vez hacerle hablar de música; criticamos las pretensiones de muchos violinistas que la multitud admiraba; Krespel se reía de mis ocurrencias, y Antonia fijaba en mí sus hermosos ojos. «¿No es verdad—dije al consejero—que para el canto y el acompañamiento no imitáis nunca á esas pretendidas notabilidades?» Las pálidas mejillas de la joven se colorearon ligeramente; y como si algún fluido eléctrico hubiese recorrido todo su ser, corrió hacia su pequeño piano y entreabrió los labios como para cantar... Krespel no la dió tiempo, hízola retirarse, y empujándome por la espalda, exclamó con voz estridente: «¡Muchacho, muchacho, muchacho!» Después, volviendo á su proceder ceremonioso del primer día, añadió: «Soy demasiado cor-

tés, señor estudiante, para rogar al diablo que os estrangule; pero ya es bastante tarde, como veis, y hay suficiente oscuridad para que os rompáis el cuello, sin que yo me tome la molestia de arrojaros por la escalera. Por lo tanto, volved á casa, y conservad un buen recuerdo de nuestro antiguo amigo, sí... entendedme bien... si por casualidad no volvéis á encontrarme en mi domicilio. Al decir esto, estrechóme la mano como la primera vez, y me condujo fuera de la habitación sin que pudiese dirigir á la bella Antonia una triste y última mirada.

El profesor M^{...} se complació en burlarse de mí, diciéndome que ya podía darme por despedido para siempre de la casa del consejero. Poco después salí de la ciudad con el alma entristecida; pero poco á poco la ausencia y el alejamiento mitigaron mi profundo pesar; la imagen de Antonia, y el recuerdo de su canto celestial, que no me había sido dado oír, borráronse insensiblemente de mi memoria, y aquella reminiscencia, al fin adormecida, sólo fué ya para mí como un sueño misterioso.

Dos años después hallábame viajando por el medio-día de Alemania; en mi camino volví á encontrar la ciudad de H^{...}; y á medida que me acercaba, una sensación de angustia oprimía mi corazón. Era de noche; en el horizonte divisábanse las campanas de la iglesia, veladas por la azulada bruma que precede á la oscuridad; el aire me faltó de pronto, y hube de apearme del vehículo para recorrer á pie el camino que faltaba. Poco á poco, aquella sensación tomó un carácter más extraño; creí oír en los aires las dulces notas de un cántico celestial, y después reconocí voces que salmodiaban. «¿Qué es eso, qué es eso?»—pregunté con un acento de espanto que sorprendió á la persona á quien me dirigía.—¿No veis—me contestó—que el cementerio está á nuestra izquierda? Es un entierro.—En

aquel instante, el camino en pendiente me permitía dominar los alrededores, y al punto ví que colmaban una fosa. Mi corazón se oprimió dolorosamente, pareciéndome que en aquella tumba se encerraba toda una vida de felicidad y de esperanzas. A pocos pasos de la ciudad encontré al profesor M^{...} apoyado en el brazo de su sobrina; los dos volvían de aquella lúgubre ceremonia; pasaron junto á mí sin verme, y observé que la joven lloraba.

Entonces no pude contener ya mi impaciencia: en vez de entrar en la ciudad, envié á mi criado con el equipaje á la fonda donde en otro tiempo me hospedaba, y corrí sin aliento á la casita del consejero. Al abrir la verja del jardín, ví á Krespel, conducido por dos personas vestidas de luto, entre las cuales se agitaba como un hombre desesperado; vestía el raído traje gris que él mismo confeccionara años antes, y nada había cambiado en su persona; pero de su sombrero de tres picos pendía una larga gasa negra, y en su cinturón, del mismo color, balanceábase un arco de violín á guisa de espada. Al observar aquello me estremecí, y no pude menos de murmurar: «¡Está loco!» Los hombres que le acompañaban se detuvieron á la puerta de la casa; Krespel los abrazó, sonriendo de una manera extraña; pronto se alejaron, y entonces la mirada del consejero se fijó en mí...

—¡Sed bienvenido, señor estudiante; vos me comprenderéis!...

Y cogiéndome de la mano, condújome al gabinete donde estaban alineados sus violines; cubríalos un ancho crespon negro; pero el violín del maestro desconocido no estaba allí; en su lugar veíase una corona de mirto... Todo lo comprendí al punto. «¡Antonia, Antonia!» exclamé en un acceso de doloroso delirio; pero Krespel permanecía inmóvil delante de mí con la mirada fija y los brazos cruzados.

—Cuando espiró—díjome con una emoción que en vano trataba de ocultar—el alma de ese violín produjo un sonido doloroso al romperse, y la caja armónica se hizo pedazos. Ese antiguo instrumento, que ella amaba, no podía sobrevivirla, y le he encerrado en su ataúd.

Al pronunciar estas palabras, el consejero, cambiando la expresión de su rostro, comenzó á entonar con ronco acento una canción grotesca, y sosteniéndose en un pie, dió algunos saltos en derredor de la sala; la gasa pendiente de su sombrero enganchábase en todos los violines, y como de pronto me rozase la cara, no pude reprimir un grito penetrante.

—¡Muchacho, muchacho! ¿Por qué gritas?—preguntóme el consejero deteniéndose al punto.—¿Has visto al ángel de la muerte? Siempre se adelanta á la ceremonia...

Al decir estas palabras, avanzó hasta el centro de la habitación, y levantando con ambas manos sobre su cabeza el arco que llevaba pendiente del cinturón, rompióle con violencia y arrojó los pedazos lejos de sí, exclamando:

—¡Ah! ¡ya soy libre, del todo libre! ¡Ya no construiré más violines! ¡No, se acabaron los violines! ¡Nunca más violines!

El pobre Krespel pronunció estas palabras con un tono extraño, semejante á un ronco aullido, y después continuó su carrera al rededor de la habitación, sosteniéndose siempre en un pie. Helado de espanto, quise huir; pero con nerviosa mano detúvome cuando iba á retirarme.

—No os mováis, señor estudiante—me dijo—ni toméis mis convulsiones por un acceso de locura; la causa de todo esto es que hace pocos días mandé que me cortaran una bata, con la cual quería asemejarme al Destino, ó á Dios...

El infeliz me dijo otras mil extravagancias, hasta

que al fin, desfallecido por su exaltación, cayó como muerto. La anciana ama de gobierno acudió presurosa al oír mis gritos, y en sus brazos dejé á Krespel.

Cuando volví á ver al profesor M^{***}, sostuve que el consejero estaba loco.

—Espero que no será así—me contestó:—la fermentación del pensamiento, que abrasaría el cerebro de otro hombre, se resuelve por la acción en nuestro pobre amigo, y su agitación desordenada, prevaleciendo sobre su excitación nerviosa, le salvará. La muerte súbita de Antonia le ha trastornado; pero apuesto á que dentro de dos días volverá á sus costumbres y á su antiguo género de vida.

La predicción del profesor se realizó: al día siguiente Krespel estaba sereno, sólo que se le oía repetir con frecuencia que ya no construiría más violines ni tocaría ninguno.

Todo esto no había aclarado para mí el misterio que rodeaba las relaciones de Antonia con el consejero Krespel; y cuanto más pensaba en el asunto, confirmábase más en la creencia de que debía haber existido entre aquellos dos seres algo odioso. Antonia se me aparecía siempre en sueños como una víctima; y no quise salir de H^{***} sin provocar una explicación. Mi cabeza se exaltaba por momentos; no pude contenerme más, y dirigiéndome á la casa del consejero, penetré en su gabinete como una bomba. Estaba tranquilo y sereno, sentado junto á una mesa, y entreteníase en tornear algunos juguetes de niño.

—¡Hombre execrable!—exclamé.—¿Cómo puedes disfrutar un solo momento de paz? ¡La conciencia te debe morder el corazón como una serpiente!..

El consejero me miró con aire de asombro, dejando á un lado su cincel.

—¿Qué queréis decir, amigo mío?—preguntó.—Tened la bondad de sentaros.

Aquella sangre fría me irritaba más; acúsese altamente del asesinato de Antonia, y le juré que en mi calidad de abogado iba á valerme de todos los medios posibles para promover una investigación judicial sobre las causas de aquella desgracia. Mi irritación se desahogó al fin en un flujo de palabras, y el consejero seguía mirándome tranquilamente.

—Joven aturdido—me dijo, cuando hube acabado de hablar, con una gravedad solemne que me confundió—¿con qué derecho quieres penetrar los secretos de una vida que siempre te fué extraña? ¡Antonia no existe ya!... ¿Qué te importa lo demás?...

En la calma de aquel hombre había algo tan profundamente triste, que al punto comprendí la insensatez del paso que acababa de dar, y pedí mil perdones al consejero, suplicándole me refiriese algunas de las particularidades de la vida del ángel que lloraba. Entonces cogíome de la mano, me condujo hacia el balcón, y con la vista fija en el jardín, me contó una historia conmovedora; pero he olvidado todo lo que no se refería á la hermosa Antonia.

Desde su juventud, el consejero Krespel tuvo una decidida afición á coleccionar á toda costa los violines de los antiguos maestros; y sus pesquisas le condujeron á Italia y á Venecia, donde pudo oír, en el teatro de San-Benedetto, á la famosa cantante Angela^{**}. Su encantadora belleza no hizo menos impresión que su talento como violinista en el corazón del consejero; un secreto enlace los unió; pero la hermosa cantatriz, ángel en el teatro, era un demonio en la casa; de modo que Krespel, después de mil escenas borrascosas, resolvió refugiarse en el campo, donde se consolaba lo mejor que podía con un excelente violín de Crémona. Pero la *signora* Angela, muy celosa, en su calidad de italiana de pura sangre, fué á desalojar á su esposo de su retiro; cierto día penetró en la sala, donde Krespel

hacia una improvisación, y apoyando su linda cabeza sobre el hombro de su marido, miróle con ojos llenos de amor. El consejero, cuya imaginación vagaba en las regiones ideales, hacía volar el arco con tal ardimiento, que involuntariamente rozó el cuello satinado de Angela.

—¡Bestia tedesca!—exclamó la cantatriz.

Y cogiendo encolerizada el violín de Crémona, descargó con él un golpe en la mesa de mármol, y lo hizo pedazos.

El consejero permaneció un instante como petrificado; pero después, obedeciendo á uno de esos movimientos nerviosos que no se analizan, cogió á la hermosa cantante, arrojóla por la ventana de su propia casa, y huyó de Alemania. Sin embargo, muy pronto se arrepintió, al recordar que Angela le había acariciado con la dulce esperanza de que muy pronto sería padre. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando al cabo de ocho meses recibió, en el fondo de Alemania, una carta de las más cariñosas, en la que su mujer, sin recordarle en modo alguno el incidente ocurrido entre los dos, anunciábale el nacimiento de una niña, suplicándole que fuéase á Venecia! Krespel, sospechando algún lazo, mandó tomar informes; así supo que su linda esposa había caído sobre unas platabandas llenas de flores, las cuales habían amortiguado el golpe, y que, resultado feliz, Angela no tenía ya desde entonces ni caprichos ni cóleras; el remedio conyugal había sido maravilloso. El buen Krespel se conmovió al saber todo aquello, y al punto dió orden de enganchar los caballos á su berlina; mas apenas estuvo en el coche, ocurrióle una reflexión. «¡Diablo! pensó, ¿y si mi señora no se hubiese curado aún radicalmente y me fuera necesario arrojarla otra vez por la ventana?» La pregunta era difícil de contestar.

Krespel optó por volver á casa; pero escribió á su



EL CANTO DE ANTONIA

13870

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
calle. 1625 MONTERREY, MEXICO

querida esposa una larga epístola, felicitándola de que su hija tuviese, así como ella, un lunar detrás de la oreja. El consejero permaneció en Alemania; pero desde entonces mantuvo con Angela una activa correspondencia, en la que las protestas de amor, los proyectos del futuro, las quejas y las dulces súplicas volaban sin cesar desde Venecia á la ciudad de H***. Cierta día, Angela fué á Alemania, y alcanzó un gran triunfo en el teatro de F***. Aunque no estuviera en su primera juventud, encendió pasiones, hizo algunos felices y una infinidad de víctimas.

Sin embargo, la hija de Krespel crecía; llamábase Antonia, y su madre adivinaba en ella una cantatriz de primer orden. Krespel, sabiendo que su esposa se hallaba tan cerca, ardía en deseos de ir á verla para abrazar á su hija; pero el temor á las locuras de Angela le retuvo, y permaneció en su casa entre los violines, que no le contrariaban nunca.

En aquella época, un joven músico que infundía grandes esperanzas, se enamoró de Antonia; Krespel, á quien se consultó, tuvo una satisfacción al saber que su hija iba á casarse con un artista sin rival en el violín; y esperaba de un día á otro la noticia de la boda, cuando una carta sellada de negro por mano extraña, anuncióle que Angela acababa de morir, víctima de una pleuresía, precisamente en la víspera del matrimonio de su hija: el último ruego de la cantatriz invitaba á Krespel á ir en busca de la huérfana, y en su consecuencia marchó sin perder momento.

El joven novio, que no había querido separarse de Antonia en momento tan doloroso, hallábase presente cuando el padre llegó. Una noche que estaban reunidos, Krespel hablaba de la difunta, y Antonia, sentándose de pronto al piano, cantó con aire tan melancólico, que hubiérase dicho al oírlo que el alma de su madre se estremecía en su voz; Krespel no pudo con-

tenerse; los sollozos le ahogaban, levantóse, y estrechando á su hija entre los brazos, exclamó: «¡Oh! ¡si me amas, no cantes más, porque me destrozas el corazón... no cantes nunca!»

Antonia fijó en su padre una larga mirada en la que se adivinaban lágrimas, cual si la joven comprendiese que se desvanecía para ella un sueño feliz. Su negro cabello flotaba como ondas de ébano sobre sus hombros de alabastro; su talle se doblaba como un lirio que está á punto de quebrarse... y Krespel lloraba al verla tan hermosa, porque un instinto fatal revelábale el porvenir. Antonia palidecía, y el consejero sorprendió en su rostro una señal de muerte, contemplando con terror aquel germen que á cada hora debía des-arrrollarse.

—No, no, amigo mío—decía más tarde Krespel al doctor R^{***}, médico famoso;—esas manchas de un rojo vivo que coloran las mejillas de Antonia cuando canta, no son producidas por la animación... ¡No; es lo que yo temía!

—Pues bien—replicó el doctor—no debo ocultaros mi inquietud; bien sea que esa niña haya hecho esfuerzos prematuros para cantar, ó ya que la naturaleza dejara en tan hermosa obra un defecto orgánico, creo que esa sonoridad de la voz, impropia de las facultades ordinarias de su edad, es un indicio de peligro, y no la doy seis meses de vida si la permitis cantar.

El consejero se estremeció; parecíale ver un hermoso arbusto cubierto con sus primeras flores, y una mano despiadada que se disponía á cortarle de raíz. Su resolución fué rápida; hizo ver á su querida Antonia las dos sendas del porvenir: por la una el casamiento y las seducciones de la vida de artista, que terminarían muy pronto en la tumba; por la otra la conservación de la existencia junto á su anciano pa-

dre, para quien era la última alegría y la última felicidad. Antonia comprendió el sacrificio que su padre imploraba; arrojóse en sus brazos sin pronunciar palabra; Krespel despidió al novio, y dos días después llegaba á H^{***} con su querida hija; pero el joven no podía renunciar así á la felicidad que se había prometido, y marchó en pos de Krespel, á quien alcanzó á la puerta de su casa. El consejero le rechazó duramente.

—¡Oh!—exclamó la pobre Antonia—¡dejadme verle, oírle una vez más, y después morir!

—¡Morir!... ¡Morir!...—repetía el consejero fuera de sí:—¡Verte morir, á ti, hija mía, el único sér que me hace amar este mundo! ¡Pues bien, hágase tu voluntad; pero si mueres no maldigas á tu desgraciado padre!

El sacrificio quedó resuelto: el joven músico se sentó al piano; Antonia cantó, y Krespel empuñando su violín no dejó de tocar, con la vista fija en Antonia, hasta que vió aparecer las manchas purpúreas en sus pálidas mejillas. Entonces interrumpió bruscamente el concierto, hizo una seña al joven músico para que se retirase, y Antonia cayó al suelo privada de sentido.

—Al pronto creí—me dijo Krespel al acabar de referirme esta triste historia—que mi pobre hija estaba muerta, y cogiendo al maldito novio por un brazo, gritó: «¡Marchaos pronto de aquí, porque mi hija está tan pálida, que soy capaz de hundiros un cuchillo en el corazón para colorar sus mejillas con vuestra sangre!...» Sin duda tenía yo un aspecto terrible en aquel instante, porque el taimado se precipitó como un loco por las escaleras, y jamás he vuelto á verle.

Cuando el consejero levantó á su hija, ésta abrió los ojos y volvió á cerrarlos casi al punto. El médico, á quien se había ido á buscar, dijo que el accidente,

aunque grave, no tendría tal vez enojosas consecuencias; y en efecto, á los pocos días, la joven pareció del todo restablecida. Su amor filial era conmovedor; con la más admirable resignación habíase sometido á las manías y caprichos del consejero, y ayudábale con angelical paciencia á desmontar los violines viejos que compraba para construir otros nuevos. «No, padre mío, decíale á menudo con melancólica sonrisa, ya no cantaré más, puesto que te aflijo; no quiero vivir ni respirar más que para ti.» Y Krespel, al oír aquellas palabras, sentíase feliz.

Cuando hubo comprado el famoso violín que enerró en el ataúd de Antonia, al ver ésta que también iba á desmontarle, miró tristemente á su padre, diciéndole: «¡Cómo, también ese!» Parecióle al consejero que una voz interior le aconsejaba respetar aquel instrumento, y hasta probarle. Apenas hubo preludiado, la joven exclamó batiendo palmas: «¡Esa es mi voz, es mi voz! ¡Todavía canto!»

Y decía verdad: las notas perladas del maravilloso instrumento parecían caer del cielo; Krespel estaba conmovido; el arco creaba prodigios bajo sus dedos. Algunas veces decíale Antonia con dulce sonrisa: «Padre, quisiera cantar»; y entonces Krespel, tomando el violín, tocaba algunas variaciones deliciosas.

Pocos días antes de mi segundo viaje á H***, el consejero creyó oír, durante una noche serena, las teclas del piano en la habitación contigua, pareciéndole que los dedos de Antonia las recorrían rápidamente. Quiso levantarse, mas hubiérase dicho que una mano de hierro le sujetaba... Después figurósele que la voz de su hija murmuraba débilmente, cual si estuviera lejos; poco á poco las modulaciones se acercaron, llegando á un *crescendo*, del que cada nota le traspasaba el corazón como una flecha; de repente, una aureola azulada disipó las tinieblas en el fondo de la habitación, y vió

á Antonia en brazos de su novio; sus labios se tocaban, y sin embargo, el canto celestial continuaba siempre... Poseído de un espanto indecible, el consejero permaneció allí hasta que vió despuntar el alba, presa de una angustia indefinible... Parecíale que un círculo de hierro paralizaba su pensamiento.

Cuando el primer rayo de la aurora coloreó con sonrosados tintes las cortinas de su lecho, despertó como de un sueño penoso y corrió á la habitación de Antonia. La joven estaba tendida en un sofá, con los ojos cerrados y las manos unidas; en sus pálidos labios vagaba una sonrisa dulce, pero fija; parecía dormir, soñando en el cielo.

Hubiérase dicho que era el ángel de la divinidad.
¡Su alma se había elevado al paraíso!

